

Volvió, pues al monasterio, y siguió sus acostumbrados ejercicios de oración y de trabajo, llenando á todos los religiosos de admiración con las cosas extraordinarias que en él veían. Pero no permaneció mucho tiempo, pues se sentía aguijoneado por el deseo de más severa penitencia.

En su virtud se retiró á una gruta no muy lejana del monasterio hacia la parte de oriente, como para sepultarse en ella, y entregarse más enteramente á la contemplación y á la penitencia. Era una caverna muy profunda en que jamás penetraba el sol, y en la que no se podía entrar sin sentir un horror secreto : así es que nadie entraba en ella, porque además de las tinieblas que allí reinaban, se oían con frecuencia ruidos subterráneos, como si la tierra quisiese abrirse bajo los pies. Era al mismo tiempo guarida de serpientes y de otros animales venenosos. Pero el intrépido Simeón entró en ella, cual si fuese un lugar de delicias : allí pasó cuarenta días en ayunos y oraciones.

Durante este tiempo quiso el demonio turbarle con sus malas artes, haciendo que se le presentasen tigres, lobos, y gran número de serpientes y bestias salvajes, que con sus aullidos, bramidos y silvidos hubieran causado á cualquiera otro horror y espanto. Simeón, sin embargo, no experimentó la más leve turbación, y se entregó á la oración, cual si hubiera estado en el oratorio del monasterio. Contra todos estos fantasmas no usaba otra precaución que la señal de la cruz, que hacía sobre su frente y sobre su pecho, y al punto se desvanecían todos estos espíritus de las tinieblas, y la caverna se iluminaba con una luz celestial, en medio de la cual oía estas palabras : Simeón, tus hermanos te contrarian, y el infierno te ha declarado la guerra : no te desanimas ni temas nada : Dios no te abandonará, y llegará un día en que tus hermanos vendrán á tí sumisos, y hollarán al demonio con tus pies.

No viéndole su superior en el monasterio, sintió grande pena, y envió á algunos religiosos para que lo buscasen por las cercanías ; pero inutilmente, porque jamás pudieron creer que estuviese en aquella caverna en que nadie se atrevía á entrar : pero su abad fué de distinta opinión, y les dijo que encendiesen antorchas, y fuesen á buscarlo allí en donde sin duda lo encontrarían. Hiciéronlo así, y le trajeron al monasterio.

Aún cuando el historiador Cosme asegura que le buscaron con mucho empeño, ello es que, apénas pasaron algunos días, empezaron nuevamente los murmuradores á manifestarle su aversión. Se presentaron al abad, y le dijeron que Simeón abandonase el monasterio, y que de no ser así, lo abandonarían ellos. Grande armadura experimentó el corazón de este superior, pues de una parte amaba tiernamente á Simeón, y quería conservarlo á su lado, y por otra, veía que iba á perder á casi todos sus religiosos, que eran ciento veinte. Contestóles que no se apresurasen, sino que esperasen algún tiempo, y ellos mismos resolverían lo que había de hacerse.

Pasó un año, y no pudiendo dudar el superior que Dios llamaba á Simeón á esta penitencia extraordinaria, que disgustaba á los religiosos, y les daba ocasión de murmurar, le llamó en particular, y le dijo : No dudes, hijo mio, de la ternura que te profeso, y que me cuesta mucha pena el privarme de tu presencia ; pero tú mismo ves que tus hermanos, dispuestos á observar escrupulosamente las reglas del monasterio, no pueden permitir que se añada ni se quite cosa alguna, ni que se haga nada extraordinario, como yo tampoco permitiría que se relajase en lo más leve. Creo, pues, que obrarás muy sabiamente retirándote, para mayor tranquilidad tuya, al paraje que Dios te manifieste convenir á la vocación que te ha dado. Sé que le amas con todo tu corazón, y que le tienes entregados todos

tus afectos. El está presente en todo lugar, y no dudo que cumplirá los designios que tiene sobre tí. El es bueno y misericordioso, y te destina para gobernar un día á tus hermanos. Te recomiendo esta casa en la cual has sido educado : acuérdate de ella, y procura aumentarla : pues estoy persuadido que Dios te conferirá su dirección, y que ántes que yo muera tendré el consuelo de saber que ha hecho en tí grandes cosas. El suceso demostró que estas palabras eran una verdadera predicción : pues no tardó mucho tiempo en hacerse célebre el nombre de Simeón, y en que se hablase de él con veneración hasta en el palacio mismo del emperador. Cuando este superior sintió acercarse el fin de su vida, le encomendó el gobierno de su comunidad.

Ya hemos notado que este superior se llamaba Heliodoro, aunque Cosme no lo nombra ; pero dice que fué varón de conducta ejemplar y que poseía todas las virtudes. Había entrado en el monasterio á la edad de cinco años, y vivió en él hasta la de setenta y nueve, habiendo consumado santamente su vida, sin desmentir nunca en lo más leve su profesión religiosa. Determinó, pues, el Santo retirarse á otra parte, y quiso el superior darle dinero para el viaje ; pero Siméon rehusó tomarlo, y despues de recibir su bendición, partió confiándose á los cuidados paternales de la Providencia.

Cuando hubo dado algunos pasos fuera del recinto del monasterio, se volvió hacia el oriente, y dirigió al Señor esta corta pero fervorosa oración : Os pido, Señor y Dios mio, que sois toda mi fuerza y apoyo, que me conduzcáis al paraje en que quereis que os sirva. Despues emprendió su camino hacia el norte, y dirigiéndole Dios, llegó á las inmediaciones de la aldea de Tel-Nescín, llamada también Thalampsín ó Telanisa, en donde habia un monasterio, y se detuvo á la sombra de un árbol. Allí dirigiéndose de nuevo al Señor, le dijo : Señor y Dios mio, que sois la

misma santidad y justicia, si es vuestra voluntad que yo ayune toda la santa cuaresma, que se aproxima, en el monasterio de este desierto, haced que, presentándome á la puerta, me dejen entrar sin preguntar mi nombre, ni hacerme ninguna otra pregunta. Permaneció algún tiempo en oración, y vino despues al monasterio de Maris, hijo de Baratón, señor del lugar de Tel-Nescín. Encontró en la puerta á un lego anciano y á un niño de siete años, que no pareció pertenecer al monasterio, el cual le abrió la puerta, diciéndole que entrase. Hizole presente Simeón que no debía entrar sin permiso del superior ; pero el niño le repitió que no tuviese ninguna dificultad en entrar, y en este mismo sentido le habló también el anciano con la mayor afabilidad, y cual si siempre le hubiese conocido. Cosme dice que en aquella hora se hallaban los religiosos fuera, ocupados en un trabajo del monasterio. Viendo Simeón tan favorable acogida, comprendió que Dios habia oído su oración, y que le habia manifestado suficientemente su voluntad. Pasó la noche en la hospedería, y á la mañana siguiente pidió al anciano que le diese una celda en que pudiese pasar todo el tiempo de cuaresma. El anciano le dijo con cierta sonrisa : Escoged la que os convenga, y yo pondré en ella los muebles que necesiteis, como así lo hizo. No se dice en la historia de Simeón que viesé al superior ; pero es de creer que así lo hiciese.

Basso, sacerdote y corepíscopo <sup>1</sup>, personaje de gran mérito, de quién hemos hablado en otro lugar, vino en este tiempo al monasterio. Se le habló de Simeón, y se le llevó á su celda : celebró con él una conferencia sobre los deberes de la vida religiosa, y le dió su bendición. El San-

<sup>1</sup> La Iglesia dió este nombre hasta el siglo IX á los sacerdotes delegados de los obispos para ejercer las funciones episcopales. Tenian asiento en los concilios, y ocupaban el lugar mas inmediato á los obispos.

to se descubrió á él, y le manifestó sus designios de pasar la santa cuaresma sin tomar alimento alguno, rogándole que tapiase su celda. Basso opuso alguna dificultad; pero al fin se lo concedió, tapiando la puerta, pero dejándole seis panes y un vaso de agua para el caso de que se viese asediado por la necesidad.

Vino á verle despues de los cuarenta dias, y abriendo la puerta, vió que no habia tocado á los panes ni al agua, y que estaba en oración. Su sorpresa fué grande, y no menor la de los religiosos que le acompañaban. Le dió la santa Eucaristía, y pudo notar que sus fuerzas, extremadamente debilitadas por el ayuno, se repusieron tan luego como tomó este Pan de vida.

No era su intención permanecer mucho tiempo en aquel monasterio, y dijo á los religiosos que deseaba vivir en entera soledad, por lo cual le propusieron, que hiciese una cerca de piedras en una montaña inmediata, y que se cerrase en ella. El terreno pertenecía á un sacerdote llamado Daniel, que le cedió generosamente una caseta que en él habia. Al año siguiente pasó también la cuaresma sin comer, y Teodoreto dice que en el tiempo en que escribia su historia, llevaba veintiocho años de observar la misma abstinencia, y añade que en un principio le costaba mucho trabajo, pero que despues el hábito le hizo más fácil este extremado rigor. Así pues, dice este testigo ocular, que no asegura sino lo que él mismo vió: que pasaba de pié los primeros dias de su ayuno: que, hallándose en los siguientes disminuidas sus fuerzas, permanecía sentado para decir el oficio, y que estando en las últimos enteramente agotadas sus fuerzas, se recostaba en el suelo. Pero cuando subió á la columna, en que estaba siempre de pié, Dios derramó una gracia tan abundante en su alma, que pasaba toda la cuaresma sin comer, y con un vigor y un contento, que no podia ménos de admirar á todo el mundo.

Cuando Basso vió que el Santo habia concluido su ayuno el segundo año, no quiso ya ser el único testigo del rigor de su penitencia, y llevó consigo á otros corepiscopos y sacerdotes, y haciendo abrir la puerta, entraron todos, y Basso dió al Santo la sagrada Comunión. En esta ocasión hizo Simeón un milagro, con el cual quiso Dios dar á conocer á estos personajes illustres todo su mérito. Uno de los principales de Tel-Nescín le ofreció un vaso lleno de aceite, y se encomendó á sus oraciones; pero no quiso aceptarlo, y se contentó con darle la bendición y devolverlo. En el mismo momento empezó el aceite á hervir, como si estuviese al fuego, y saliendo del vaso en abundancia, y despues de caer en la tierra, se llenaron otros muchos vasos. El que lo habia presentado lo llevo á su casa lleno, y este aceite sirvió para curar á muchos enfermos. Este fué, dice el historiador Cosme, el primer milagro que hizo despues de haber salido del monasterio de Heliodoro.

Hizo ademas otros muchos que Basso referia en la iglesia al pueblo que acudia á oírlos. Cosme detalla las circunstancias de algunos, que nosotros nos contentaremos con referir en pocas palabras. Dice entre otras cosas, que el demonio, ya fuese para probarle, ó ya para turbar su oración, hizo que se le presentase una culebra enorme, que se le enroscó en las piernas, silvando de una manera espantosa. Simeón no se turbó por esto, sino que prosiguió su oración hasta el fin: entónces la serpiente se desprendió por sí misma, y abriéndose en dos partes desde la cabeza hasta la cola, murió.

Hizo también desaparecer un dragón enorme, que parecia querer devorarle, y que no es extraño que fuese el mismo demonio que habia tomado su figura, bastándole para ahuyentarle levantar los ojos al cielo, y decir al animal estas palabras: Mátete Dios.

Habia á tres millas de Tel-Necín una aldea llamada

Beth-Laha, situada sobre una montaña. El señor de esta aldea tenia una hija paralítica desde su más tierna niñez, y no habia dejado el lecho en los veintidos años que tenia de edad. Su padre la hizo llevar en brazos de sus criados á la puerta del Santo, y entró en su celda para rogarle que pidiese á Dios su curación. El Santo bendecía ordinariamente aceite, que era la única medicina que empleaba para estas curaciones milagrosas; pero entónces no lo tenia. Pidió un poco de arena, y le dijo que con ella hiciese frotar el cuerpo de la enferma en nombre de Jesucristo. Obedeció, y la hija quedó al punto tan perfectamente curada, que sin ningún trabajo subió a pié á la montaña, en cuya cumbre se hallaba situada la aldea. Este insigne favor la conmovió tanto, que quiso hacerse religiosa, y para ello le construyó su padre un monasterio, al cual consagró todos sus bienes, y en el que pasó el resto de su vida. En cuanto á su padre, no ménos reconocido á Dios que su hija, dejó el mundo, y se hizo discípulo del Santo. Este milagro ocurrió en presencia de mucha gente, que desde muy léjos atraía la reputación del Santo, lo que hacia que cada vez se le conociese más.

De la misma manera curó á dos paralíticos y á dos jóvenes vejados por el demonio. Cosme refiere más extensamente la curación de un sacerdote. Hé aquí en sustancia lo que dice. Explicando un dia este sacerdote las sagradas Escrituras, se sintió envuelto en una especie de niebla: era el demonio, que de esta manera habia fascinado sus ojos, y al mismo tiempo le dió una bofetada tan terrible, que lo echó á tierra, y lo dejó sin palabra y sin movimiento. Se le sacó fuera de la iglesia, llevándolo á una casa inmediata, en la cual estuvo nueve horas sin dar señal alguna de vida. Al cabo de este tiempo recobró el conocimiento, pero quedó paralítico. Sabia el don de milagros con que habia sido favorecido san Simeón, y rogó que le llevasen á su celda.

Emprendido el viaje, llegó á una aldea llamada Scihum, á una legua de Tel-Nescín, y sintiéndose fatigados los que le llevaban, quisieron detenerse, pues venian de un país septentrional. Dios manifestó al Santo, durante su oración, la llegada de este sacerdote á la aldea, y valiéndose de un hombre á quién confiaba algunas comisiones de caridad, le dió un vaso de agua bendita, diciéndole: « Vé inmediatamente á Scihum: allí encontraras á un sacerdote acostado en un lecho á la entrada de la iglesia, y despues de asperjarlo con este agua, le dirás: El pecador Simeón me envia para deciros: Dejad en nombre de Jesucristo vuestro lecho en la iglesia, y sed curado. Hasta ahora ha sido necesario que seais traído en brazos de otros, pero en adelante de nadie necesitareis. » Este hombre partió en seguida, y al entrar en la aldea, á nadie ocultó la misión que llevaba. Así es que, siguiéndole una gran multitud, encontró, como el Santo le habia dicho, á este sacerdote á la entrada de la iglesia, pero en situación tan lastimosa, que la vida se le hacia penosa. Ejecutó exactamente las órdenes del Santo, y en el momento en que echó el agua bendita sobre el enfermo, se encontró éste completamente curado.

Lo primero que hizo fué dar gracias al Señor por el beneficio que le habia dispensado por mediación de Simeón: despues se dirigió á la morada de éste, seguido de numerosa multitud, que habia sido testigo de su curación prodigiosa, y se arrojó á sus pies para manifestarle su respeto y su gratitud. El Santo le hizo levantarse, y le dijo que nada temiese, pues el Señor le daría una gracia más abundante que el mal que habia recibido de parte de demonio, que se habia servido de sus emisarios para afligirle. « El mal que os han causado, añadió, va á caer sobre ellos, y no tardarán en venir á pedir os perdón. Usad, sin embargo, de misericordia con ellos, como Dios

la ha usado con vos. Llevad este agua y este polvo, y con ellos curareis. »

Penetrado el sacerdote de gozo y de reconocimiento, dió nuevamente gracias á Dios, y volvió á su casa. Al llegar á ella, vió á los dos malvados que, con sus mágicas artes, le habian causado la parálisis. El demonio les atormentaba cruelmente, pero asperjándolos con el agua y el polvo que llevaba consigo, quedaron curados. Vinieron estos á su vez á dar gracias al Santo por la gracia que habian obtenida por sus oraciones, y declararon ante todo el mundo los crímenes que habian cometido. El Santo les dirigió una enérgica corrección, y los mandó á su pais.

Un pobre jardinero vino también á arrojarse á sus pies, diciéndole que habia sembrado pipas de melón y de calabaza, esperando hacer una buena recolección para atender á las necesidades de su familia; pero que unos malvados arrancaban las plantas á medida que nacian, de modo que apenas habian quedado unas diez. Comovido Simeón, le dijo: « Levántate, y ten confianza en Dios: no quedarán impunes los que te han causado este daño. Toma esta arena, arrójala en forma de cruz sobre tu campo, y aún cuando no queden más que tres plantas, producirán tanto como todas las que han arrancado esos malvados. Cualesquiera que sean estos, no escaparán á la venganza divina. Yo sé que entre ellos hay tres que han cometido muchos crímenes: pues han robado iglesias y monasterios: son perturbadores de la tranquilidad pública, y muy pronto vereis de que manera los castiga el mismo Dios. » Toda esta predicción se cumplió al pié de la letra. El jardinero recogió mayor cantidad de melones y calabazas de la que pudiera esperar, y tres dias despues uno de aquellos tres hombres murió de lepra elefantina, que consumió todas sus carnes. El segundo se hinchó de una

manera horrorosa, y caminando á cuatro pies, como las bestias, se arrastró hasta llegar á la montaña del Santo, pues no se le podia llevar sobre una montura: tropezó y rodó por la pendiente, y rasgandose su vientre, se le salieron las entrañas, y espiró en aquel lastimoso estado. El tercero fué entregado al demonio, que le atormentó de una manera horrible, haciendo que se destrozase los brazos con los dientes. Se le llevó al Santo, el cual despues de muchas instancias rogó por él. Por último, despues de la pública confesión que hizo este miserable de sus crímenes y de los de sus compañeros, le dijo el Santo, que era necesario que comprendiese que se habia hecho indigno de la misericordia del Señor, y que debia tener mucho si no hacia penitencia.

San Simeón tuvo por este tiempo dos visiones, por las cuales le manifestó Dios sus designios. En la primera se le presentó en espíritu una escala de una altura prodigiosa, y sobre ella vió tres personajes: uno estaba en las primeras gradas, otro en medio, y el tercero en la parte más elevada. Oyó al mismo tiempo una voz que decia al que estaba en medio, que procurase escuchar al que estaba arriba, y esta misma voz añadió. « Aquí está Moisés, á quién el Señor dió su ley en el monte Sinai, y á quién hizo célebre en todo el mundo. Tú también lo serás, y así como Dios le protegió en todos sus caminos, también te protegerá á tí, siempre que cumplas fielmente el ministerio que te ha confiado. » Al mismo tiempo le entregaron tres llaves, y habiendo preguntado que significaba al que estaba en la parte baja de la escala, le dijo que subiese en pos de él. Y en efecto, le vió subir, y le siguió hasta el medio de la escala.

En la segunda visión se le apareció el profeta Elias en la forma que nos lo representa la Escritura santa, sobre un carro de fuego, cuando Dios le arrebató á la vista de

Eliseo, y le dijo que se animase de un santo ardor, porque Dios le destinaba para llevar su palabra á los potentados del siglo, y para ser el apoyo de los débiles y el consuelo de los pobres y de los afligidos. Que nada temiese de parte de los grandes del mundo, y que, aún cuando conspirasen contra él, no podrian dañarle, porque Dios le habia tomado bajo su protección.

### Capitulo II

Es imposible expresar, dice Cosme, el celo y santo amor de que el Santo se sintió abrasado despues de estas dos visiones. Muy grandes eran las austeridades que hasta entónces habia practicado; pero añadió otras mayores, y como si no quisiese poner límites a sus penitencias, y como si su cuerpo fuese de bronce ó de acero, se resolvió á no guardarle ningún género de consideraciones. Hallábase siempre animado del espíritu de Moisés y de Elias, á quienes Dios le habia hecho ver en éxtasis, y se decia á sí mismo: « Estudia bién las virtudes de estos dos ilustres personajes, que tan singulares favores merecieron de parte de Dios. Considera su fé, su caridad, su pureza y su ardor por la gloria de Dios, y cuán grandes fueron sus ayunos y contemplaciones. »

No contento con la que sabia sobre la vida de estos patriarcas, preguntaba á los demás para instruirse mejor, y meditaba en lo más recondito de su alma todo lo que se le decia. Llegó, por último, un dia en que se vió á este hombre escogido por Dios para hacer brillar su poder y sus misericordias sobre su pueblo, presentarse al universo entero con un ánimo intrépido y una virtud superior, levantar la cabeza, y con una frente que el Señor habia ceñido, por decirlo así, con su gloria y su fortaleza, combatir el vicio con autoridad, predicar con voz potente el reino de la

virtud, aterrar á los pecadores obstinados; invitar á los justos á las virtudes mas perfectas, desafiar al infierno y triunfar de toda su malicia, y lo que es aún más notable, autorizar la misión que Dios le ha confiado con prodigios casi continuos y con una vida verdaderamente sobrehumana, puesto qui excede á las fuerzas de la naturaleza, y sólomente una fuerza divina ha podido sostenerle en los trabajos de una penitencia hasta hoy desconocida.

Hasta ahora habia permanecido en la caseta de que hemos hablado. Despues subió á la cumbre de la montaña, que Evagrio dice estar distante trescientos estadios, ó sea quince leguas de Antioquia, y cuya pendiente tiene una legua de largo. El paraje que escogió era muy áspero, y se llama Mandra por los historiadores. Algunos autores han creído que Mandra significa un aprisco, nombre que algunas veces se daba á los monasterios, y que se le dió este nombre á causa del que se edificó cerca de la columna del Santo: pero Assemani opina que éste era el nombre propio de aquel lugar.

Allí construyó una cerca con piedras secas, en la cual se encerró, y para no salir de sus límites, ató a su pié derecho una cadena de veinte codos de largo, que sujetó por el otro extremo á una piedra enorme. Pero Teodoreto hace notar que, aunque su cuerpo estaba atado con esta cadena, su espíritu se elevaba libremente á contemplar con los ojos de la fé las cosas del cielo. Hallábase en este estrecho cercado sin techo, sin ningun abrigo, expuesto á las injurias de los tiempos y perseverando en la oración y en un ayuno riguroso, cuyo tiempo ya no fijaba, pues á medida que se sentia más arrebatado por el fervor de la caridad, lo iba prolongando.

Melecio, á quien no debe confundirse, como algunos erróneamente lo hacen, con el obispo de Antioquia, llamado comunmente el gran Melecio, y que creemos que fué un